

taba revestida la aristocracia aumentaba su fuerza; además de política era religiosa y militar. Por la religión los patricios dominaban moralmente toda la vida romana. Por el imperio militar poseían una fuerza material casi irresistible. Sólo ellos sabían y podían ofrecer los sacrificios que hacían favorables á los dioses. Sólo ellos podían tomar los auspicios, sin los cuales no podía entablarse ninguna acción importante. Sólo ellos podían abrir regularmente una Asamblea, hacer justicia, declarar la guerra, concluir un tratado de paz, mandar los ejércitos. Una vez hecha la leva y reunido el ejército, el cónsul era su señor absoluto. Castigábase cruelmente la más pequeña falta. Los doce lictores que le acompañaban por doquiera llevaban el hacha en medio de los haces, y esta hacha no era puramente simbólica. Como la guerra era en Roma casi perpetua, este poder militar del patriciado era inmenso. Más de una vez, para salir de una grave dificultad interior, el Senado, sin sentirse culpable, adelantó la hora de la lucha próxima, cosa siempre fácil en medio de tantas ciudades rivales ó enemigas. Añádase á eso que la doble autoridad religiosa y militar del patriciado romano se mantenía en grandes y sólidas virtudes. Los viejos senadores romanos no eran ni muy cultos ni muy sensibles, pero poseían todas las cualidades fuertes que hacen poderosas á las aristocracias, creían en sí mismos y respetaban sus propias tradiciones. Vivían con una sencillez relativa; grandes agricultores

que no se desdaban en guiar el arado, verdaderos padres de familia á quienes no separaba de sus *gens* el lujo ni la ociosidad; siempre dispuestos á prestar su esfuerzo en la paz ó en la guerra; penetrados de un orgullo de casta que era una fuerza moral de primer orden; enérgicos, duros para sí mismos como para los demás; acostumbrados á deliberar en común, á calcular y á prever, tenaces en sus designios; jefes, en una palabra, que no podían menos de inspirar una especie de respeto á aquellos mismos que más les odiaban.

El pueblo á que se dirigían había sido modelado por la Naturaleza y la vida para soportar dulcemente la influencia de todas estas fuerzas acumuladas. El plebeyo como el patricio era profundamente religioso. Estaba atento á todos los signos de la voluntad de los dioses. No se atrevía á dar un paso sin su asentimiento. Un rayo en el cielo, un pájaro visto al lado izquierdo, una víctima mal conformada, le llenaban de terror y creía sin vacilar en tales asuntos á los intérpretes titulares del pensamiento de los dioses. La mayor parte de su vida pasaban en el campo ó en el ejército; los ciudadanos estaban en minoría y la mediocridad de su vida diaria no les acostumbraba á las miras libres y audaces. Aldeano el plebeyo, se parecía al aldeano de todos los siglos: era robusto, laborioso, paciente, atenido á las ventajas inmediatas, poco inclinado al ensueño, resignado ante lo inevitable, conservador instintivo. Soldado,

se acostumbraba á la disciplina. Nada había en su vida que le predispusiese á aquella movilidad de imaginación que el ateniense debía acaso en parte á su familiaridad con el mar y á los viajes. Su naturaleza era muy distinta: no era ni artista ni generalizador. Su espíritu sensato, positivo, aplicado más á los hechos que á las ideas, le apartaba de los sistemas absolutos y sencillos. Era más apto para las marrullerías del derecho que para la admiración de las bellas formas ó la embriaguez de las construcciones teóricas; no era hombre capaz de improvisar en todos sus detalles una constitución ideal y de adoptarla. Aunque hubiese querido hacerlo, no habría tenido fuerza para imponerla á los adversarios decididos y que no quisieran ceder más que paso á paso.

En estas condiciones la lucha tenía que ser demasiado larga. Además, debía presentar caracteres fundamentalmente romanos. La manera de organizarse la plebe poco á poco, la naturaleza de los jefes que nombra, los procedimientos que emplea para vencer, la conducta general del conflicto, todo ostenta la señal de rasgos interesantes y originales.

Desde el comienzo parecía insoportable á la plebe la opresión de los patricios. La plebe estaba aniquilada por las deudas y las leyes hacían de los deudores la cosa de los acreedores patricios; en su mayoría carecía de todo recurso político y en toda ocasión veía interrumpida cualquier veleidad de movimiento popular por un alistamiento militar que se

imponía con el carácter de una disciplina implacable. El pueblo acabó por emplear el único medio que podía tener eficacia, la huelga militar: en 393 se retiró en masa al Monte Sagrado y se negó á prestar servicio. En esta ocasión tuvo que intervenir el Senado. Después de vanos esfuerzos para convencer de la razón á los rebeldes, les concedió jefes que fuesen capaces en cualquier tiempo de defenderlos y de hacer valer oficialmente sus reclamaciones; fueron los tribunos del pueblo, cuyo papel había de llegar á ser tan considerable. Era una institución extraña sin semejanza con ninguna otra. Hace pensar, en primer término, en los éforos de Esparta, pero los éforos eran magistrados regulares con poderes definidos y un puesto reconocido en el gobierno de la ciudad. No ocurre lo mismo con los tribunos. Estos no son magistrados de la ciudad romana; sólo son jefes de la plebe y sólo ejercitan su poder sobre la plebe. Plebeyos también, ajenos por consiguiente á la religión, no pueden ser magistrados de la ciudad; pueden reunir las tribus de la plebe, proponer los plebiscitos y hacerles votar, pero estos plebiscitos no tienen el carácter de leyes del Estado: son resoluciones populares, que no comprometen más que á la plebe misma, á no ser que las adopten luego las Asambleas regulares. Los tribunos no tienen autoridad positiva alguna sobre los magistrados y el Senado. Sin embargo, han llegado á constituir una potencia de primer orden dentro del Estado. Poseen dos pri-

vilegios singulares: el primero de ellos, que les pone personalmente al abrigo de sus adversarios, es el de que son sacrosantos; el segundo consiste en que pueden oponer un veto absoluto á cualquier medida que crean contraria al interés del pueblo. Esto les da un poder ilimitado para obstaculizarlo todo. No tienen ninguna autoridad positiva, pero no ha habido nunca en la antigüedad una facultad de obstrucción semejante. Lo raro es que tienen en sus manos un arma esencialmente revolucionaria, y es curioso ver cómo el mismo Senado instala en Roma una fuerza capaz de detener todo el mecanismo de gobierno. No hay dictadura, es decir, un poder de estado de sitio motivado por un peligro urgente, que suspenda el veto á los tribunos. En cuanto á su calidad sacrosanta, si era condición necesaria de su acción, no es menos extraordinaria por la mezcla de religión y revolución que en ella se juntan. Hacerles violencia es un sacrilegio; en esta ciudad religiosa no hay fuerza mayor que la que se apoya en una creencia de ese género; así el tribuno no tiene nada que temer personalmente; ningún magistrado se atrevería á poner la mano sobre él; con su *victor*, que no es más que una especie de *apparitor*, desafía á todos los lictores de los cónsules. Es un *tabou*. Puede decirlo y hacerlo todo, pero políticamente sólo es un particular sin ningún género de autoridad legal. Nada más característico del espíritu romano, religioso formalista y sutil á la vez, que la invención de

esta forma de poder esencialmente negativa pero casi irresistible. El Senado desde luego, enfrente de la revolución desbordante, comprendió que no podía suprimirla, pero resolvió encauzarla, por decirlo así, lográndolo merced á la más singular de las combinaciones. Se le da una parte con el firme propósito de resistir el mayor tiempo posible, y el hecho es que la resistencia duró dos siglos; dos siglos de agitaciones ardorosas, pero durante los cuales Roma conservó su integridad, sin dejar de engrandecerse.

El conflicto entre la plebe y los patricios debió á la existencia de los tribunales sus caracteres más visibles y su triunfo definitivo. Los tribunos, sin más fuerza que la de la obstrucción, se opusieron con persistencia al funcionamiento de la constitución; dieron á esta oposición toda la tenacidad romana y toda la pasión popular. La plebe estaba siempre dispuesta á obedecerles. Ya por la fuerza, ya por la amenaza, fueron arrancando al Senado concesión sobre concesión. El conflicto tuvo siempre aspecto de guerra civil latente, pronta á estallar. En ocasiones, algunos patricios ambiciosos acudieron en auxilio del pueblo, concibiendo acaso el designio de establecer una tiranía de tendencia democrática en beneficio propio. Pero la vigilancia y la energía del Senado hicieron fracasar todas estas tentativas. Lo que no podía fracasar era la política tenaz de los tribunos, cuya constancia en reclamar no era menor que la de los senadores en negar. Pero como era

necesario que la ciudad siguiera viviendo y la fuerza de los tribunos era inviolable, siempre acababa el Senado por ceder. De este modo, poco á poco y después de dos siglos de luchas interiores que no habían logrado, sin embargo, debilitar la acción exterior de Roma, la plebe se encontró investida con el derecho de poder ocupar todos los cargos, aun los puramente religiosos, y el de dar á sus plebiscitos fuerza de ley. Entre tanto habían tenido lugar otras campañas en favor de la abolición de las deudas, de la reforma de las leyes, del reparto de los terrenos públicos, algunas de las cuales habían logrado triunfar; pero todo esto no tenía más valor que el de episodios de la gran lucha por el reparto igual del poder, porque el hecho capital de este período es la conquista de la igualdad política.

§ 4.—LA EDAD DE ORO DE LA REPÚBLICA.

Al realizarse esta transformación decisiva á fines del siglo IV, Roma conoció un admirable período de equilibrio interior y de expansión exterior. No es que hubiesen terminado completamente las disensiones interiores ni que el tribunal haya permanecido inactivo durante ese tiempo, pero los principales rencores habían desaparecido; Roma, señora de la mayor parte de Italia, no había dejado de aumentar en hombres y en riqueza; estaba

desbordante de vigor; enemigos nuevos y más temibles aparecieron ante ella, exigiéndole el desarrollo de toda su energía. Pirro la amenazaba; Cartago sobre todo, comercial y conquistador á la vez, temible por su riqueza, por sus barcos y sus ejércitos, poníase en contacto con ella por Sicilia, é iba á empeñarse una nueva lucha militar, un gran drama en tres actos cuyo final debía ser para Roma, ó un desastre irremediable, ó la posibilidad de conquistar el mundo. Dió tregua á sus disensiones mientras fué posible, y orientó su energía toda hacia la rival peligrosa y odiada. En este equilibrio interior y en esta lucha contra una raza extranjera se exaltaron todas las virtudes nativas de Roma. Ofreció el espectáculo de una ciudad poderosa, cuyas costumbres no estaban aún roídas por el lujo, cuyos poderes públicos estaban repartidos equitativamente entre los ciudadanos; donde se respetaba la ley, donde la religión mantenía á los individuos dentro del deber y donde el honor del nombre romano era para todos un estímulo á la acción y al heroísmo realmente eficaz. Tal es el cuadro que presencié Polibio y que describió con un entusiasmo que el contraste con la Grecia contemporánea, entonces en plena decadencia, hacía más vivo. Todo lo que existe en la Roma de los Escipiones le parece admirable; su constitución, su ejército, sus costumbres.

En primer término, su constitución. Es, en efecto, una maravillosa mezcla de las diferentes formas de gobierno, en la que se combi-

nan de modo suficiente á neutralizar sus inconvenientes todas las ventajas de cada una de ellas. Los cónsules dan á la acción de la ciudad todo el vigor que puede esperarse del poder de un rey, sin el peligro de una omnipotencia libre de revisiones y segura de un porvenir infinito. El Senado administra la hacienda y dirige la política exterior; tiene á los cónsules bajo su autoridad por su soberanía financiera y por el derecho que posee de dejarlos en el gobierno en calidad de procónsules. Gobierna á los aliados, juzga sus procesos públicos, recibe los embajadores de los reyes extranjeros y trata con ellos al extremo de que «los griegos y los reyes, que nunca tuvieron relación más que con el Senado, se imaginan que éste es el verdadero señor de Roma». Sin embargo, el pueblo representa un papel no menos importante: él es el que elige los magistrados, quien juzga de los asuntos capitales y vota la paz y la guerra, y todos estos poderes están combinados con tanto acierto que, lejos de perjudicarse los unos á los otros, cooperan armoniosamente al mismo fin, que es el engrandecimiento de Roma; porque cada uno de ellos necesita llegar á una inteligencia con los otros dos para obtener su maximum de fuerza. En la lucha contra el extranjero, por ejemplo, todo conspira con una fuerza irresistible hacia la victoria, y en las escaramuzas interiores de los períodos de paz, siempre inevitables, el sentimiento de los límites impuestos á cada poder por la fuerza de los

otros dos previene las agitaciones demasiado violentas y mantiene á todo el mundo dentro del respeto de las leyes (1).

El ejército romano es el más temible que existe. La organización de la legión, el modo de reclutarla, los elementos tácticos que la constituyen, el número y jerarquía de sus jefes, la organización de los campamentos, los detalles del servicio en el campo y en marcha, la disciplina, todo lo que constituye, en una palabra, la fuerza de los ejércitos está previsto en él y perfectamente ordenado. Polibio hace de todos estos puntos un estudio minucioso justamente célebre, sin cansarse de desmontar todas las piezas de esta incomparable máquina de combate, obra maestra de la ciencia militar (2).

Pero no es menor su admiración hacia las virtudes romanas. En primer lugar, el valor exaltado por el amor á la gloria: en Roma no hay soldados mercenarios; los ciudadanos combaten personalmente y todos se hallan dispuestos al sacrificio de su vida para asegurar á su memoria el honor que rodea entre ellos á las hazañas guerreras. Luego la probidad y el desinterés: admitir dinero es para un magistrado romano un crimen que lleva consigo la muerte (3). Después, en fin, su religión, su misma superstición que es un freno moral más fuerte que todas las leyes. En cual-

(1) Polibio, VI, 11-18.

(2) Polibio, VI, 19-42.

(3) Polibio, VI, 43-55.

quier parte los supersticiosos son objeto de burla; en Roma se teme ingenuamente á los dioses y esta fe, acaso inútil en un pueblo de filósofos, hace que entre los romanos reine la probidad con más imperio que en otros países: «Entre los griegos—dice amargamente Polibio,—si se confía sólo un talento á un hombre público, ya pueden redactarse diez actas escritas, sellarlas con diez sellos y llamar á veinte testigos, seguramente nos robarían: en Roma, un simple juramento es garantía suficiente de cantidades mucho más considerables» (1). Cualquiera que sea en estas consideraciones de Polibio la concesión que se haga á su anhelo de morigerar á sus compatriotas inspirándoles una saludable emulación, lo cierto es que era demasiado buen observador y atento á sus deberes históricos, para dejar de ser verídico en la totalidad de sus afirmaciones, y sin embargo, cuando escribía eso estaba á punto de comenzar la decadencia de la república. ¿Quiere esto decir que no se advirtiese ningún síntoma, ó que Polibio no acertase á discernirlo? De ningún modo. Esta espléndida prosperidad de Roma no le hace concebir ninguna ilusión respecto del futuro, y el cuadro que traza por adelantado de los destinos ulteriores tiene toda la precisión de una profecía, prueba indudable de que veía claro en la realidad presente (2). Los gérmenes del mal

(1) Polibio, VI, 56.

(2) Polibio, VI, 57.

que incubaba no le pasaron inadvertidos; pero no eran aún más que gérmenes y él contaba la historia de los Escipiones, no la de Mario y Sila.—Veamos cómo se realizó esta rapidísima transformación y cuáles eran los signos que la precedían y anunciaban.

§ 5.—EL FINAL DE LA REPÚBLICA.

La decadencia de la república es la consecuencia necesaria y casi inmediata de la misma grandeza de Roma. Ya hemos visto que en vida de Polibio los griegos y los reyes extranjeros sólo conocían al Senado, porque sólo con él tenían que tratar. Sin duda, el Senado no estaba exclusivamente compuesto de patricios; se reclutaba entre las filas de aquellos á quienes se llamaba los nobles, es decir, los hombres conocidos, los que habían desempeñado cargos curules, y entre ellos había cierto número de plebeyos; pero la *nobilitas*, al cabo de poco tiempo, constituyó una nueva orden tan orgullosa como la de los antiguos patricios y mucho más rica. Todo, en efecto, contribuía á aumentar su poder y á enriquecerlo. A medida que se extendía el imperio de Roma, el papel del Senado iba haciéndose más considerable, toda vez que era el que se ocupaba de las cuestiones interiores y de hecho el señor del mundo. La conquista llevaba consigo, ya por el pillaje, ya por el desarrollo natural de los asuntos,

un aumento de riquezas, no menos rápido, que iban naturalmente sobre todo á manos de los verdaderos señores de Roma. La plebe, por el contrario, decaía paralelamente. Como por entonces las grandes cuestiones políticas sólo se referían á lo exterior, representaba un papel de escasa importancia; claro que no habría podido pretender otra cosa, porque este género de cuestiones exigía, para ser tratado con éxito, más conocimientos exactos, más persistencia en los propósitos y más experiencia de la que podían poseer las asambleas populares. Tanto más cuanto que el nivel de estas asambleas iba bajando incesantemente por el aumento de número de ciudadanos, por la mezcla de los romanos propiamente dichos con los ciudadanos de origen nuevo, por la miseria de una parte de esta multitud, alejada del cultivo de los campos y reducida á bajos oficios ó expedientes. Roma, capital del mundo, iba haciéndose una población cosmopolita. Junto á los ciudadanos, muy distintos también de los antiguos quirites, contenía una multitud inmensa de gentes de toda clase de orígenes que alteraban gravemente el carácter de la población.

Las gentes de la plebe pedían tierras y censuraban á los nobles por la inmensa extensión de sus dominios. Escipión Emiliano, los Gracos y otros quisieron satisfacerlos: proyectáronse leyes agrarias; nunca llegaron á realizarse más que imperfectamente, y acaso si hubieran podido realizarse, habrían sido de escasa eficacia; porque la ola de emigrantes

crecía incesantemente y muchos de ellos no tenían costumbre ni afición á trabajar la tierra. La plebe iba haciéndose populacho, más dispuesta á agitaciones en la plaza pública y á alardes de fuerza que á una labor regular. Dispuesta á seguir á todos los jefes que le hicieran promesas y le procuraran dinero ó placeres, estaba en sazón para la tiranía. Sólo faltaba un tirano. Hubo una multitud de ellos, ó por lo menos de aspirantes á la tiranía, guiados por la idea de la conquista del mundo, en la persona de los grandes generales ambiciosos, ilustres por sus victorias, enriquecidos por el saqueo de los reinos extranjeros, incapaces de vivir ya nunca más como simples particulares á modo de un Cincinato ó de un Fabio; tenían demasiados palacios, demasiados esclavos, demasiados soldados entregados á su fortuna para volver á su esteva, suponiendo que la hubiesen dirigido nunca por sí mismos, lo cual no era cierto.

El primero de estos potentados, cronológicamente creados por la guerra, fabulosamente ricos y que aun sin pretenderlo inclinan la ciudad hacia la tiranía, fué Lúculo; después vienen Sila y Mario. Los conflictos de estos pseudo-tiranos se contienen aún en apariencia en el cuadro de las antiguas luchas políticas: unos atienden al Senado, los otros á la plebe; pero sólo son exterioridades: la cuestión está en saber si la tiranía tendrá un color aristocrático ó democrático. En realidad siempre se trata del poder de un hombre. Y las formas de esta lucha lo demuestran con bas-

tante claridad; lo cívico ha desaparecido en estas batallas de generales; cada uno de ellos posee sus legiones adictas á él por el recuerdo de los saqueos realizados en común y de las victorias obtenidas. Los ejércitos entran en Roma. Las proscripciones diezman los dos partidos contrarios, según el azar de los éxitos, de los triunfos siempre efímeros. Personajes insignificantes organizan bandas y se ofrecen al servicio del mejor postor.

Pompeyo, y más tarde César, son jefes de la misma clase. Pompeyo, á quien apoya especialmente el Senado, recibe en diferentes ocasiones poderes extraordinarios no previstos por las leyes. César se hace pasar por el heredero de Mario. Los triunviratos sucesivos son verdaderas tiranías de tres hombres. Las guerras civiles siguientes alcanzan proporciones hasta entonces desconocidas. César está á punto de afirmar en su provecho la monarquía, cuando es asesinado. Después de su muerte todo marcha peor. Una serie de alianzas y de rupturas entre los nuevos aspirantes á la tiranía termina con la guerra civil entre Octavio y Antonio, que pone en armas al Oriente contra el Occidente. Con el triunfo de Octavio termina este largo período de convulsiones sangrientas. Se produce el desenlace esperado desde mucho tiempo antes; ha muerto la república, y el imperio, bajo el nombre más modesto de principado, se erige definitivamente. No vuelve á hablarse de aristocracia ni de democracia. Roma termina como todos los Estados en que la

anarquía ha durado demasiado tiempo, en el gobierno despótico de uno solo.

Añadamos, para concluir este punto, que la culpa no era realmente ni de la democracia ni de la aristocracia: fué la consecuencia inevitable de circunstancias que dependían de este hecho capital; la prodigiosa fortuna militar de Roma que la había sometido el mundo, falseando así todas las condiciones del gobierno republicano, tal como la antigüedad lo había concebido, y obligando á todos los partidos á desaparecer ante una nueva forma de gobierno, á un mismo tiempo militar y administrativo, más adecuado al estado de cosas que creó la conquista. No era en Grecia donde estaban los modelos de ese gobierno, sino más bien en los grandes imperios orientales de los persas ó los egipcios, con la diferencia, sin embargo, de que la experiencia de las ciudades clásicas daba origen á una civilización superior y de que las ideas de ley, de justicia, de dignidad humana sobrevivían, á pesar de todo, al naufragio de las libertades políticas.